

Capítulo 23 - Duras son las Palabras que Caen del Aire

El Terrible había sacado una botella de su cajón y la había puesto sobre la mesa de su despacho y cerró la puerta. A continuación indicó al personal que no recibiría ninguna llamada durante la siguiente hora. Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y comenzó a frotar un viejo vaso para quitarle el polvo. Una vez hubo terminado aquel ritual, procedió a llenar el vaso de bebida. No recordaba muy bien que era, y la etiqueta era prácticamente ilegible. Aquel fue el primer placer verdadero que había disfrutado en años. Sabía que el final estaba cerca, y eso había avivado unas esperanzas en él que creía que había perdido por siempre. Permaneció un buen rato sin hacer nada, mirando el infinito mientras bebía poco a poco. El licor fue fluyendo por su garganta. No lo terminó. Ni siquiera en aquel momento era capaz de desconectar completamente. Volvió a tapar la botella y la guardó otra vez en su cajón. Estaba deseoso de acabar todo aquello, pero sabía que lo más difícil estaba a punto de comenzar. Le hubiese poder hablar con Rafael, con el doctor o incluso con Gabriel en aquel momento. Aquellos tres hombres siempre habían sido capaces de reconfortar con sus palabras su corazón sin necesidad de manipular un ápice de su áspero carácter. Durante todos aquellos años no le había importado que le llamasen el Terrible, no le había importado volverse más arisco o más duro con todos los que le rodeaban mientras hubiese podido cumplir su objetivo, y aunque se lamentaba de las pérdidas que había sufrido hasta llegar a aquel punto, sólo había comenzado a lamentarse del viaje que inició después de la muerte de su familia cuando vio al doctor Fausto morir, pero lamentarse por ello no traería ya nada bueno, sólo le quedaba pensar en el futuro. No podría seguir siendo toda su vida Juan el Terrible, no si esperaba vivir más años. A ellas no les gustaría, ellas conocían a Juan del Temple, un hombre mucho más tierno que el hombre que le había sustituido, más amable. Deseaba cambiar, deseaba poder cambiar todo lo que había vivido y ahora creía era posible El Nuevo Edén lo había prometido, y si Juan del Temple había aprendido algo de ellos es que a pesar de ser malignos, estos no mentían nunca. Ese renacer del mundo, y por lo tanto de él mismo, era posible, estaba al alcance de su mano. Para ello sólo necesitaba de un último favor, de una última misión de Juan el Terrible.

Salió de su despacho, tenía una llamada pendiente del gobierno. Naic nunca estaba demasiado lejos, y mucho menos ahora. Hacía tiempo que contaba con que él se enteraba de todo lo que sucedía en Destino con aproximadamente seis horas de retraso. Suponía que había infiltrados dentro de Destino que informaban al gobierno, pero era preferible eso a tener sectarios en sus filas, por lo que había decidido no volver a revisar la plantilla que le quedaba, que ahora era además, bien escasa. Sólo tenía dos agentes de intervención, una de las cuales, Doncella, le sería fiel hasta el final, no tenía duda; la otra, en cambio, era más imprevisible, y por eso era clave en su plan para acabar con el Nuevo Edén.

No tenía muy claro donde atender la petición de videollamada de Naic, así que al final se decantó por una sala estándar para ese tipo de reuniones. Por desgracia, no podía tener a Aurelio ni a nadie de su equipo de confianza con él, así que tuvo que recurrir a un hombre relativamente nuevo en aquel campo, pero en el que Aurelio había depositado rápidamente mucha confianza, por lo que él decidió darle también otra oportunidad: Mario Vega.

-Te enternecerá saber que personalmente he mandado aumentar el suministro eléctrico disponible para Destino, no deberíais tener problemas el mover el trasto que tenéis debajo y que tanto parece ayudaros -dijo Naic a través de la pantalla-

-Era un petición estrictamente necesaria. Destino no pide nada que no necesite de forma justa.

-De forma justa, ¿Eh? ¿Qué es justicia para ti, Terrible? Sé que guardas infinidad de secretos ante

mí, ¿Por qué mantener la farsa de la confianza mutua?

-Nunca ha habido tal farsa.

-¿No? Quizá entonces es que eres tan parco en palabras como en intenciones. En cualquier caso, no tengo intención de entrometerme en tus asuntos mientras seas una pieza clave para mantener la seguridad en la ciudad. ¿Has oído de las migraciones que se están produciendo?

-Sí. Dispongo de datos sobre ello.

-No los mismos que yo. Vienen de Croacia, lo que queda de Arabia y Siria, y de otro popurrí de países del mundo antiguo cuyas tierras o van a verse afectadas por inundaciones salvajes o por sequías que harán inviable la vida en esos territorios.

-En otras palabras. Son en su inmensa mayoría del Nuevo Edén.

-Y en cuanto llegan a la ciudad la mayoría de ellos desaparece, como si no hubiesen estado. He reforzado el control de fronteras. No han podido salir, no al menos al mundo civilizado.

-Así que o bien han ido al sur, cosa improbable porque de ahí es de donde vienen, o siguen aquí.

-Efectivamente.

-Podré manejar la situación.

-¿Podrás? Tu optimismo es tan elogiabile como la autoridad que destilas. Pero escúchame, yo soy la autoridad. Los policías responderán a tus necesidades si así lo deseo, el ejército sólo satisfecerá a tus peticiones si así lo deseo yo. Yo soy la autoridad, yo soy el poder en esta conversación y no podrás hacer nada que yo no desee que hagas.

-¿Es eso otra amenaza?

-Yo nunca amenazo. Es un prólogo del resto de mi discurso. Tienes mi apoyo, Terrible, porque sé que tienes algo grande. Si tú despliegas todo lo que tienes para vencer al Nuevo Edén, yo te daré todo lo que el gobierno europeo te pueda dar. A cambio, sólo quiero un hombre, mejor dicho, una mujer, entre tu equipo, alguien en quien pueda confiar, pues sé que tus palabras aunque firmes, proyectan una gran sombra.

-¿Quieres a Borja de vuelta en Destino?

-Lo estoy deseando.

Doncella y Eva habían comenzado a volver a ejercitarse. Aunque en teoría ambas estaban físicamente recuperadas, Juan estaba preocupado por ambas. En el caso de Eva, acababa de perder al hombre que amaba, y en el caso de Doncella, tenía miedo de que la falta de uno le afectase. En aquel momento todos los que seguían luchando en su bando lo hacían porque tenían algo muy personal por lo que hacerlo. Destino se había expuesto a muchísimo peligro en muy poco tiempo, y sabía que Naic había ordenado reforzar todas las sucursales de Destino que había por Europa con todo tipo de profesionales, incluyendo a aquellos que habían trabajado para él. Por fortuna, ninguno de ellos conocía los secretos del MARIA o de los sistemas de seguridad del edificio, pero le preocupaba que alguien pudiese saber más de la cuenta. No había tenido tiempo para revisar todas las posibles brechas de seguridad en el sistema, y sospechaba que alguna de ellas podría servir de filtración para que el Firewall 666.66 pudiese llegar hasta el MARIA directamente. Aquella posibilidad era una de las cosas que más le inquietaba, pero se sentía confiado en esa parte de la guerra.

Naic había cumplido su palabra y el sistema había comenzado funcionar a pleno funcionamiento. Aunque su capacidad de predecir el futuro seguía siendo incierta a corto plazo, algo que era debido a la cantidad de gente que estaba entrando en Zaragoza, que hacía que MARIA tuviese que tener en cuenta muchos más elementos para poder hacer una predicción fiable, o por lo menos eso creía Aurelio. Pero había otra cosa igual de importante que debía hacer el MARIA. Si bien no estaba seguro de cómo se produjeron sus contactos con el Rey Carmesí, ya fuesen fantasía o realidad, la primera llamada de todas seguía registrada en los registros del sistema de comunicaciones, y esa debía haber sido sin duda alguna verdadera. Que MARIA se descubriese su origen ya no era tan

crucial como antes, pero si la localización no coincidía con la que había facilitado el joven Alejo... No era una situación deseable, pero podría pasar que incluso después de atacar al Nuevo Edén en su propia guarida, el Rey Carmesí se ocultase en otra parte.

-¿Cuánto tiempo piensas seguir entrenando? -dijo el Terrible, que tenía a unos escasos metros a Doncella enfundada en su traje-.

-Lo que sea suficiente, señor -respondió él-. No podemos fallar ahora.

-Nunca hemos podido permitirnos el lujo de fallar, y aún así lo hemos hecho. Dime Reyes, después de todo este tiempo ¿Cómo has seguido motivándote para luchar?

-¿Luchar? Es lo que mejor se me da. No me imagino ya haciendo otra cosa.

-¿Por qué aquí? Podrías luchar contra otros enemigos, podrías incluso luchar contra los mismos sectarios en cualquier otro lugar del mundo habitado. ¿Por qué aquí?

-No voy a dejar atrás a todos los que hemos perdido. Hemos de ganar lo que queda de guerra por ellos. Debo defender lo que está bien en el lugar en el que el mal está más presente.

-De guerra, ¿Eh? Cuando te conocí no hablabas así, no tenías esa concepción mesiánica de tu propia ocupación. Eso era algo... Propio de mí. Siempre he apreciado enormemente la lealtad que me profesas, Reyes.

-Gracias señor. ¿Por qué este cumplido?

-Porque lo siento. Siento haberos llevado a todos a este lugar. Quizá puede Naic sea un hombre mucho más pragmático que yo incluso en mi propio terreno. ¿Habrá lugar para nosotros el día de después a que todo esto acabe? Sea cual sea la respuesta, quiero que lo sepas: lo siento.

Aunque Marcos tenía cada vez menos claro el rumbo de los acontecimientos, su última reconversión en la fe de Juan el Terrible había sido lo suficientemente fuerte como para no dudar ante aquella situación y aunque no se lo había dicho a nadie, en el fondo deseaba todo aquello. Después del golpe que había supuesto la pérdida de Gabriel para él, saber que podía volver a contar con Lucilda había sido una gran alegría, si bien, por cortesía a Juan, había decidido mantener dentro de sí. Era bien cierto que él sabía todo lo que ella había hecho, y todo lo que era capaz de hacer, y entendía por qué había sido expulsada, si es que esa era la palabra adecuada, de Destino. Sin embargo, sus ojos tenían algo que hacía palpar su corazón como si no hubiese tenido que sentir todo el dolor que había tenido que sentir. Estaba convencido de que en realidad no podía estar enamorado de la mujer que era en realidad Lucilda, sino de la imagen que tenía de ella, y que a pesar de haber conocido los secretos más oscuros de la misma, había decidido mantener en su mente. Pero aún sabiendo todo aquello, tenía la esperanza que aquella mujer que él creía que existía realmente lo hiciese, aunque fuese en algún lugar perdido. Quizá hubiese otra Lucilda, en otro universo, que realmente fuera como él deseaba que fuese, aunque seguramente entonces sería él el distinto. Pero en aquel momento era como Adán tomando la manzana, deseoso de tomar un bocado aun sabiendo que su sabor podía ser infinitamente amargo.

Lucilda iba vestida con unas ropas que podían tildarse de corrientes, aunque no muy diferente a aquel uniforme “de vestir” que solía llevar siempre que estaba en Destino. Habían quedado en un café, uno realmente caro, a petición de él. Ella había puesto la hora, y había sido la que había pedido aquella reunión que a Aurelio le parecía que tenía más bien el aspecto de una cita, y quizá hubiese sospechado tal cosa, si no fuese por lo mucho que se estaba jugando no sólo el o Juan, sino todo Destino, y por consiguiente, todos aquellos opuestos al Nuevo Edén.

-Así que aquí estás. Reconozco que has cambiado bastante para el poco tiempo que hemos estado sin vernos -dijo ella en cuanto él llegó a la mesa-.

-Sabes que en Destino el tiempo pasa de forma distinta al resto del mundo. Tú en cambio pareces la misma.

-Eso es probablemente porque soy la misma, siempre lo he sido.
-¿Por qué querías hablar conmigo?
-¿Así de directo? Cada vez te pareces más al Terrible, aunque supongo que es algo que va con el cargo. Tenemos mucho que discutir, siendo que desde el mismo gabinete de John Naic me han pedido que me haga cargo de toda la cooperación entre Destino y la administración.
-¿Qué tenemos que discutir exactamente? No hemos puesto condiciones.
-No las habéis puesto, pero sé que sigue habiendo vacas sagradas que el gobierno nunca podrá tocar, como el MARIA, o ciertas sociedades que creemos que Juan el Terrible utiliza para ocultar algunas de sus actividades... Me es indiferente. Destino ha probado que funciona, incluso teniendo en cuenta sus fracasos. Ese es mi criterio, y ellos me han dicho que confían en mí.
-¿Deseas volver?
-¿Si deseo volver? Reconozco que nadie me había hecho esa pregunta. Esta mañana he visto la tumba de Gabriel. Es difícil desear volver a un lugar teniendo los recuerdos que tengo, habiendo visto morir a amigos como él... Aun así, creo que se lo debo. Además, lo cierto es que me siento arrastrada a ello de una forma que no puedo controlar. No sé personalmente que fuerzas son las que me atraen a este lugar, y si son sacras o profanas, pero no me considero con la convicción necesaria como para darles la espalda.
-¿Eso que significa?
-Que la Biblia Negra me ha tocado de alguna forma o de otra, y aunque deseo con todo mi corazón escapar de ella, sé que no es justo, y probablemente no es posible, especialmente teniendo en cuanto lo que ha ocurrido con Gabriel. Y no es sólo Gabriel, hay muchos más que han sufrido el mismo destino... Veo que tu cara se turba cuando hablo de la Biblia Negra, pero ya no es tu clásico escepticismo lo que veo. ¿Tienes miedo?
-No estoy seguro. Tengo fe en nuestro destino, pero si no la tuviese, estaría aterrado, de la misma forma que he estado aterrado durante muchos días en mi trabajo.
-Y dime, ¿Tú deseas que vuelva?
-Sabes que sí. Sé que hubo problemas, pero sinceramente, todo eso a mí me da igual. Te quiero de vuelta en Destino, haces falta. Sólo tenemos dos agentes de intervención, si fuese necesario podrías llegar a ser la tercera.
-Sabes perfectamente que eso no ocurrirá.
-Si no ocurre, será principalmente por falta de tiempo para tu preparación.
-¿Acaso crees eso todavía a estas alturas? Después de todo este tiempo, me sigues pareciendo un encanto. Reconozco que el Terrible sigue siendo astuto. Si tuviera que hablar con él, sabiendo que respaldó a Umbra, que respaldó a Eva y que me echó de Destino, no aceptaría volver. Pero en cambio contigo... No puedo dejar que corras el mismo destino que Gabriel, sencillamente no puedo.

La habitación era pequeña, sin ventanas. Sólo había una luz de color rojo en el techo que iluminaba escasamente el lugar. La decoración era propia de los símbolos del Nuevo Edén, había un fénix encima de la puerta, y una especie de altar con unas formas geométricas prácticamente indescriptibles pintadas en el techo justo encima del mismo. Detrás del altar, uno de los serafines estaba sentado en un extraño sillón similar a un austero trono. Zurqués estaba sentado, con las rodillas flexionadas y los ojos cerrados, en un estado similar al del trance. Junto a él, estaba situado otro miembro del Nuevo Edén, con un bolígrafo y una pila de folios, preparado para escribir. Zurqués quedó en silencio durante varios minutos, hasta que comenzó a hablar, manteniendo los ojos cerrados:

“El Abismo pronto coronará a un nuevo Rey Carmesí y entraremos en el tiempo de Dádiva necesario para culminar el paso final de la muerte del fénix. Sabemos que aquellos que se oponen al destino inevitable del mundo han comenzado a reunirse de la misma forma que nosotros. Deja de tener sentido ya avivar el fuego de la resurrección, y esperaremos hasta la llegada del florecimiento

de la Semilla del Nuevo Edén. Así pues, el Abismo nos ordena esperar tranquilos unos pocos días en la Tripa de la Bestia antes de que los acontecimientos y nuestra dichosa acción nos lleven al siguiente estado de la Biblia Negra, y por tanto, un paso más cerca de ver un mundo nuevo, un nuevo Edén para la raza humana renacida. Ningún dolor es irreparable, ninguna pena es irreversible.

Gloria al Alfa Profana, Salve al Nuevo Edén.”

El escriba que había anotado todo aquello, al igual que Zurqués, se marchó de aquella habitación en el mismo momento en el que el mensaje terminó de ser escrito. Los Profetas eran sabios y sus predicciones nunca habían fallado, pero muchas veces habían quedado callados cuando las predicciones habían sido más necesarias. La muerte de uno de ellos, algo que nunca había aparecido en los planes del Abismo, había hecho decrementar su actividad. Hablaban menos y eran más predecibles, incluso en aquellos momentos de tensión y de incertidumbre no habían sido capaces de dar una respuesta, y sobre todos los temas que tanto él como los demás oráculos querían saber, solían permanecer callados. Por fortuna, casi habían entrado en tiempo de Dádiva, lo que significaba que el Rey Carmesí pronto haría acto de aparición de entre los suyos.

Las juntas militares llevaban tiempo pidiendo su vuelta, aunque en el Nuevo Edén no había peticiones formales, ni críticas al funcionamiento de las cosas. El Abismo escuchaba, y este hablaba por medio de sus Profetas, ya fuese para que estos hablaran, y esa era la parte en la que entraban los oráculos como él, o bien actuaba de forma directa a través de la Semilla del Nuevo Edén. En cualquier caso, el Rey estaba cerca, lo que significaba que la llegada del Nuevo Edén estaba cerca, muy cerca. Los Profetas lo habían preparado todo, pronto el fuego mataría el Fénix... Y lo haría renacer.

Liliana llevaba un ramo de flores en su mano derecha, mientras caminaba lentamente por el cementerio. Iba sola, no había querido avisar a Isidora, pues sabía que esta dentro de poco podría volver a reunirse con Jorge y no quería posponer ese momento. Además, le apetecía estar en soledad. Llevaba un vestido negro de luto. Hacía mucho que no lo llevaba, si bien no por falta de ocasión, sino por falta de tiempo. Caminaba muy lento, como si no quisiese llegar al final de su recorrido, aunque sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo. Lo habían enterrado mientras ella estaba inconsciente. Su muerte le había dolido como un clavo ardiendo en el pecho que no había parado de arder, y al llegar a aquel lugar este no había hecho otra cosa que reavivar su dolor. Su tumba era sencilla, aquel no era un tiempo para grandes ornamentaciones en lo que se refería al respeto a los muertos. Con las pocas fuerzas que tenía dejó el ramo encima de la inscripción con su nombre. Todos habían lamentado profundamente la muerte de Gabriel, y Eva podía ver los restos de algunas flores, que habían de haber sido llevadas por el viento.

No sabía bien como asimilarlo. Él estaba muerto, estaba ahí. Sus células estarían convirtiéndose en polvo y sus huesos en meras astillas, y sin embargo no era capaz de concebir que nunca volvería a ver su sonrisa o nunca volvería a impresionarse con algunos de sus discursos que para ella eran completamente inesperados. Se sentó en el suelo y apoyó sus manos en él mientras estiraba las piernas y miraba al cielo. El sol le irritó los ojos y estos comenzaron a llorar poco a poco, primero debido a la irritación, luego las lágrimas siguieron brotando por otros motivos.

-No llores, Eva. No puedes ponerle flores a un hombre que no está muerto.

-¿Por qué? ¿Por qué sigues apareciendo?

-Porque queda poco, mi amada. Queda poco para volver a encontrarnos. Las tumbas no son para siempre, hay que despertar.

Los pelos se le comenzaron a erizar de la misma forma que lo hacían cada vez que estaba a punto de comenzar a tener una visión. Gabriel había vuelto a aparecer detrás de ella, de la misma forma que lo hizo la última vez que entró en su piso.

-¿Eres real?

-Esa no es la pregunta correcta, Eva. La pregunta es, ¿Eres tú real? ¿Y si tú no fueses real?

-¿Por qué dices eso?

-Tú eres la que ve fantasmas, la que fantasea con realidades alternativas, la que ha visto más allá del Abismo.

-¿Del Abismo? Tú no pareces ser Gabriel.

-La pregunta es, ¿Quién es Gabriel? ¿Quién soy entonces? Amor, dime por favor ¿Quién soy yo entonces si no soy Gabriel?

Liliana comenzó a oír más voces. Eran de hombres, y venían de otra parte, y le resultaban familiares. Se levantó y fue hacia el origen de los ruidos. Venían de una de las antiguas capillas. Gabriel, detrás de ella, la seguía tranquilamente sin decir una palabra. En cuanto llegó a la puerta de aquella capilla, los pelos se le erizaron aún más, estaba convencida de que iba a tener una visión.

-Deberías preguntarte si te puedes fiar de ellos -dijo Gabriel, que también parecía comprender lo que iba a suceder-. Piensa en lo que has vivido, piensa en tus visiones. Sé que nunca lo has pensado, pero intenta adivinar de donde vienen. Sólo hay un lugar del que todo ese conocimiento puede venir: el Abismo. Has sido elegida por él, Eva. Acepta lo que eres y siéntete orgullosa, eres el Rey Carmesí.